

Emilio MITRE FERNÁNDEZ, *Desprecio del mundo y alegría de vivir en la Edad Media*, Madrid, Editorial Trotta, 2017, 1ª edición, 195 pp., ISBN 978-84-9879-692-6

Fecha de recepción: 11/04/2019

Fecha de aprobación: 11/05/2019

Publicado en el 2017, este libro tiene por objetivo ofrecer un panorama general sobre las actitudes pesimistas o alegres, desde la Antigüedad Tardía hasta los primeros años del siglo xv. Su autor, Emilio Mitre Fernández, seleccionó un conjunto de documentos religiosos y profanos que le permiten revelar la tajante separación así como la relación dialéctica entre el *contemptus mundi* y el *iuvat vivere*. Asimismo, Mitre retoma algunas reflexiones de Johan Huizinga como su crítica a la visión monolítica que el Renacimiento tenía sobre el pasado medieval y sus aportes sobre la noción de *homo ludens*. De tal suerte que esta obra se estructura en cuatro apartados que presentan el siguiente contenido.

En la primera parte, el autor destaca el papel significativo que tuvo el pasaje bíblico del Apocalipsis del Nuevo Testamento en el dogma cristiano. De este texto profético, atribuido al apóstol san Juan, los exegetas medievales retomaron su sentido más sombrío. Sin embargo, Mitre menciona la existencia de dos interpretaciones excluidas de la jerarquía eclesiástica: la visión milenarista de Joaquín de Fiore y la del astrólogo Cecco de

Ascoli, quienes creían en un Apocalipsis glorioso e iluminador. Asimismo, el medievalista considera que esta literatura de revelación, por trascender las posibilidades humanas y por el desarrollo de un futuro divinamente planificado, tenía un sentido metahistórico.

Además del texto joánico, el autor identifica el *Contemptus mundi* en varias personalidades relevantes del pensamiento cristiano. Una de ellas fue Boecio cuya filosofía planteaba un equilibrio entre el pesimismo y la esperanza de alcanzar la felicidad eterna. También, recalca las ideas de Lotario de Sergi (papa Inocencio III) sobre el rechazo a todo tipo de placer —especialmente el sexual— a cambio de una constante ansiedad y humildad a lo largo de toda la vida. Así, mientras esta última actitud fue desarrollada por la literatura hagiográfica, la profana como la de Petrarca y la de Thomas de Kempis también desbordó un sentido de abandono hacia los goces de la vida.

La segunda parte del libro aborda una Edad Media en un sentido más positivo. Aquí, Mitre recurre a la poesía goliardesca para resaltar la presencia de temas satíricos, amorosos, lúdicos y festivos que servían

para el entretenimiento. De igual forma el medievalista español resalta el protagonismo de la mujer en la literatura caballeresca y en la lírica trovadoresca, para considerar que el amor cortés del siglo XII sirvió como un agente de liberación femenina por su superación de los convencionalismos religiosos y sociales. De este modo, Mitre analiza las contradicciones y ambigüedades de estas manifestaciones literarias cuyas intenciones se prestaban a dobles interpretaciones.

Más allá de los esquemas positivos de la literatura profana, Mitre busca actitudes moderadas en la relación del desprecio del mundo y la alegría de vivir. Esto lo encuentra en la tradición franciscana; la cual no aceptaba la austeridad extrema y el exceso del sacrificio que pregonaban los rigurosos esquemas ascéticos y monásticos. En su lugar, el franciscanismo no negó la carencia de emociones, aceptó el mundo físico bajo las normas de la caridad y vio la muerte con optimismo. Esto último es relacionado por Mitre con el acto de reír que igualmente ocupó una posición moderada en el pensamiento de san Francisco; para el santo de Asís la muerte era acompañada de una risa espiritual que ocurría al exonerarse de las cosas terrenales.

En este mismo orden de ideas, Mitre estudia las actitudes con respecto al cuerpo que debía dignificarse por ser la prisión del alma. Su dignificación implicaba

la inclinación hacia una ascesis estricta y llena de mortificaciones, y también exigía la sujeción al matrimonio sacramental: unión espiritual que sirve para procrear. Asimismo, en el campo de los debates conciliares, repasa los debates teológicos e iconográficos sobre la representación de la naturaleza corpórea de Cristo. De tal forma que la visión del cuerpo en el Medievo consistía en su desprecio y, al mismo tiempo, en la veneración del cuerpo divino de Cristo.

En la tercera parte, Mitre introduce un apartado sobre las actitudes hacia lo lúdico con una presentación sobre el sentido de competencia, el cual no solo existía en el juego y en los negocios, sino también en las universidades y en la construcción de edificios y ciudades. A continuación el autor presenta la intolerancia de los religiosos hacia el espectáculo y el juego por su evocación de la locura, de la desvergüenza y del pecado. No obstante, se considera que estas expresiones no eran rechazadas en su totalidad, sino que se legalizaban mediante textos literarios-moralizantes que enseñaban a evitar el ocio y la moderación del juego ya que su exceso provocaba todo tipo de pérdidas.

Dentro de las expresiones lúdicas, Mitre resalta la guerra y la fiesta. Por un lado, la guerra estaba llena de calamidades y regulaciones pero también permitía la creación de alabanzas de guerreros

gloriosos. Por su parte, la fiesta con su dimensión religiosa o profana evocaba elementos paganos que se manifestaban en competencias, procesiones, carnavales y, por supuesto, con la presencia de la locura, vocablo que matiza en sus distintas formas de expresión.

Frente a las estrictas limitaciones del mundo, el autor dedica su último apartado a las formulas espirituales que conformaron el ideal de felicidad del cristiano medieval, el cual consistía en una lucha contra los siete pecados. Este tipo de combate espiritual se representaba en la literatura, en las expresiones plásticas e iconográficas, en los medios sacramentales y en las teorías políticas que explicaban el papel de la virtud y el vicio en los gobiernos. Empero, a pesar de la existencia de estos medios, Mitre expone la abierta aceptación y práctica de los pecados en todos los sectores sociales.

Para profundizar en el tema de la felicidad espiritual, presenta algunas manifestaciones que trascienden al mundo sensible. Entre ellas, destaca la felicidad eterna que Dios otorga como recompensa posterior al sacrificio, los ideales de la

sociedad perfecta o utopías y la idealización de lugares míticos como Tierra Santa y el Paraíso. En términos generales, Mitre considera que se trataba de una felicidad posterior que viene después del rechazo del cuerpo y de lo material. Finalmente, el libro cierra con la presentación de una crestomatía sobre la península ibérica y de una cronología general.

Visto en su conjunto, recupera una pluralidad de fuentes cuyos discursos no fueron analizados de manera rigurosa, pero que en su lugar sirvieron para dar cuenta sobre cómo estos medios moldearon los comportamientos, emociones, creencias y valores del Medievo. Lo anterior en función de un modelo de interpretación bipartita que diferencia las actitudes que podían o debían realizarse de las que debían reprimirse o moderarse. Se extraña, únicamente, el análisis profundo de los factores que intervinieron en esas expresiones para dar cuenta de sus rupturas y mutaciones en distintas regiones y temporalidades de la Edad Media.

Samuel Jiménez Cruz

Universidad Nacional Autónoma de México